

# La pelea

-Una noche como esta lo desnucaron a Lorenzo Quintana-dijo Pablo Escobar cruzando los brazos sobre el pecho y mirando el cielorraso del club como si allí hubiera encontrado el recuerdo.

Organizábamos combates de boxeo y lo llamábamos "Campeonato de los barrios". El cuadrilátero se levantaba sobre tambores vacíos, con tablas forradas con cartón y lona de camión; las cuerdas envueltas con vendas que nos habían regalado del hospital, porque las sogas peladas te queman el lomo cuando estás peleando.

Yo entrenaba los boxeadores y colaboraba con la comisión organizadora con la que pasábamos tardes enteras abriendo latas de aceite de autos de un litro para servir medio de vino con soda y un pedazo de hielo grande para que rebalse la lata, porque ahí estaba la ganancia, viste.

La música de los parlantes obligaba a levantar la voz y el bullicio aumentaba a medida que la gente iba llenando el galpón. El anunciador tenía un pico de oro, vieras vos, se paraba en el centro del ring bajo las luces, todo de blanco con un monito negro y con el micrófono pegado a la boca comenzaba la función: "Señoras y señores: continuando con estas extra...ordi...narias noches de boxsss; el club Huracán se complace en presentar diez combates con los representantes de los siguientes barrios. - y el público ovacionaba sus boxeadores y entre los aplausos los graciosos voceaban sus apodos o defectos más conocidos.

En la primera pelea ponían los novatos, los que de puro entusiasmo revoleaban los brazos tirando piñas cantadas, pero cuando los guantazos le calentaban las orejas se trenzaban en un cuerpo a cuerpo en una seguidilla salvaje de golpes que desataban un alboroto ensordecedor y entonces el espectáculo se trasladaba al público: los muchachones lanzaban alaridos prolongados y las mujeres vociferaban barbaridades para regocijo de todos. Una morena rolliza sostenía un bebé que mamaba prendido a un pecho y con un puño levantado gesticulaba con tanto odio que se me cruzó una pregunta: ¿ pasará la bronca a la leche?

En una de las peleas, a un gordo le estaban dando trompadas como para todo el campeonato cuando subió la madre y comenzó a pegarle carterazos al referí; los boxeadores se recostaron en las cuerdas a mirar como el petiso se cubría la cabeza, más preocupado por el peinado a la gomina que por sus costillas. La chusma alentaba y la mujer entusiasmada por la aprobación, agregaba patadas y trompadas a su repertorio.

Se necesitaron cuatro policías para bajarla del cuadrilátero.

En el intervalo de la función comenzó el drama. Se desafiaron a pelear dos borrachines encrespados por el vino: Lorenzo Quintana y el Gordo Cuatrim. Una barra de muchachones lo subieron al ring, calzaron guantes y después de vendarle los ojos los hicieron girar sobre sí mismos para alargarlos perdidos bajo las luces buscándose con giros de gallo ciego,

arrojando trompadas al vacío y atropellando las sogas aturdidos por el vocerío del público que trataba de guiarlos. De vez en cuando se encontraban con desmañados golpes de payaso y se abrazaban para no caerse.

De pronto, el gordo vio a su rival por una abertura de su venda o actuó por instinto o se cruzó la fatalidad, nunca se supo, la cuestión fue que avanzó un paso hacia Lorenzo que estaba de espaldas revoleando los brazos y descargó un puñetazo sobre su nuca que lo lanzó en picada hacia el poste de una de las esquinas, donde golpeó con la cabeza produciendo un seco ruido a sandía rajada.

Un bramido de júbilo coronado por carcajadas retumbó bajo el techo de zinc. Lorenzo yacía desmadrejado cuando los comedidos lo dieron vuelta y comenzaron a reanimarlo tirando de sus patillas, apretando el tórax y pellizcando sus tetillas sin resultado. Arrojaron agua helada sobre su cara y pusieron sales bajo su nariz, hasta que de pronto, después de un estornudo, abrió los ojos, escupió un pedazo de cartón y a la pregunta: ¿Cómo estás? respondió clarito:

¡Sírname otra!